

QUITO CASA ADENTRO

narrado por mujeres

María Cuvi Sánchez, editora

AUGUSTO BARRERA GUARDERAS
Alcalde Metropolitano de Quito

LUCÍA DURÁN SOLÍS
Secretaria de Cultura del Distrito Metropolitano de Quito

GUIDO DÍAZ NAVARRETE
Director Ejecutivo del Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural, FONSAL

Coordinación editorial: Alfonso Ortiz Crespo

Cuidado de la edición: Paquita Troya Fernández

Foto de portada e interiores: Christoph Hirtz
Retratos de estudio originales: J. di Donato, Foto López, Foto Pazmiño, Foto Salazar, R. Garzón, Joaquín M. Loor, Benjamín Rivadeneira, C. L. Rivadeneira, Carlos S. Rivadeneira, B. Rivadeneira e hijo Studio, M. Wenverow.

Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural, FONSAL
Venezuela 914 y Chile / Telfs.: (593 -2) 2 584-961 / 2 584-962
Comercialización: Verónica Ortiz
Calle Morales E9-25 (La Ronda) y Guayaquil
Telf.: (593 2) 2 282-263

Director de diseño: Rómulo Moya Peralta, TRAMA DISEÑO
Dirección de arte: Meliza de Naranjo, TRAMA DISEÑO

NOCIÓN IMPRENTA
Quito – Ecuador
Telfs.: (593-2) 2 334 2205

Número de ejemplares: 1000

© 2009 María Cuvi Sánchez

© De esta edición FONSAL

Primera edición

Impreso en el Ecuador, 2009

Alentamos la reproducción total o parcial de las ideas que constan en este libro siempre y cuando se cite la fuente.

Registro derecho de autor: 031304

ISBN: 978-9978-366-19-6

305.4
C988q

Cuvi Sánchez, María, editora

Quito casa adentro narrado por mujeres / María Cuvi Sánchez. Quito:

FONSAL, 2009.

372 p., ilus., fotos

Bibliografía: p. 342-343

Prólogo de Álvaro Alemán

ISBN: 978-9978-366-19-6

1. MUJERES – CONDICIONES SOCIALES. 2. QUITO – VIDA Y COSTUMBRES.

3. CULTURA. 4. ESTRUCTURA SOCIAL. 5. PATRIARCADO.

I. Ana Egas de Moreno. II. Rosario Mena de Barrera. III. Mireya Salgado de Fernández. IV. Carmen Sánchez de Jarrín. V. Alicia Troya de Kennedy. VI. Bertha Wray de Terán.

ÍNDICE

Prólogo	xi
Agradecimientos	xviii
Introducción	1
Mireya Salgado de Fernández: Me hubiera encantado ser médico	16
Rosario Mena de Barrera: Yo soy lampreadita	70
Ana Egas de Moreno: La buena cocinera se acomoda a todas las circunstancias	126
Bertha Wray de Terán: Me gustaba cazar, tenía muy buena puntería	174
Alicia Troya de Kennedy: Buena cocinera no soy, para disponer soy buenísima	234
Carmen Sánchez de Jarrín: Yo pinto con hilos	288
Inventos del siglo XX que facilitaron el trabajo del ama de casa	341
Bibliografía	342
El Fondo de Salvamento y su programa editorial	345



Yo soy lampreadita

Un domingo de octubre de 2006, mientras ojeaba la revista "La Familia", que circula con el diario El Comercio de Quito, me encontré con doña Rosario Mena de Barrera. Bajo el titular: *Cocina de tres generaciones: recetas de la 'abue'*, aparecían fotos de sus manos preparando, paso a paso, los tallarines de espárragos que aprendió de su hermana Clotilde. Al costado, otra foto de su rostro iluminado por unos ojos de azul intenso que contrastaban con una melena blanca platinada y unos labios rojos. La foto me anunciaba lo que luego confirmaría: esa personalidad forjada de mezclas y contrastes que es la de doña Rosario.¹² Guardé el recorte y meses más tarde me contacté con su hija Helena Barrera, dueña de un negocio donde preparan las recetas heredadas de la familia. Lo hice a través de una de mis hermanas, que fue su compañera de curso en el Colegio Americano de Quito.

Acordamos encontrarnos con Helena en el apartamento de doña Rosario, para que ella nos presentara y acompañara a su mamá durante la entrevista. Llegué a la hora fijada a un nuevo edificio ubicado al norte de la ciudad, a pocas cuadras de donde yo vivo. Me anuncié con el portero y me autorizó subir al apartamento de doña Rosario. Abrió la puerta la empleada y me hizo pasar a la sala. Allí me esperaba doña Rosario, Helena todavía no había llegado. Nos presentamos mutuamente y comenzamos a conversar. Me preguntó por mi hermano que fue compañero de su hija mayor, me contó de sus nietos, yo de los míos y ella abonó además con sus

¹² Lampreadita, como ella se define, viene del verbo lamprear que según el Diccionario de la Lengua Española (1970) significa "Componer o guisar una vianda friéndola o asándola primero, y cociéndola después en vino o agua con azúcar o miel y especie fina, a lo cual se añade un poco de agrio al tiempo de servirla."

bisnietos. Cuando llegó Helena la charla ya estaba instalada entre las dos. Luego de un momento pregunté si podía grabar la conversación. Gran lectora desde joven, doña Rosario está al tanto de la vida política y cultural del país. Con la velocidad típica de las personas con agudo sentido del humor asocia mi grabadora con los "Pativideos" que eran el escándalo político de esos meses. Reímos las tres, el ambiente terminó de distenderse y me autorizó grabar nuestras conversaciones.

La infancia en la casa paterna

—El mejor recuerdo que tengo es que cuando muy niña pude vivir en una casa grande y gozar de mucho espacio. La casa en que vivimos la compró mi abuelo, era muy linda, era del siglo XVIII, era de esas casas antiguas de Quito con tres patios en los que una familia grande como la mía gozábamos de los recovecos. Está ubicada en la García Moreno y Loja. Mi familia se la vendió a un señor cuyo nombre no recuerdo, que la compró para negocio y la arruinó, porque dividió la sala grande que teníamos y eso fue una pena. Luego el señor la vendió al Municipio, que tiene un sitio precioso donde funciona un programa de la tercera edad. Ahora hay un taller donde antes estuvo el patio que era tan lindo. Cuando fui a visitar la casa, estaba transformada, la cocina que era tan linda ya no existía, el señor que nos compró la derrocó para hacer un estacionamiento. Sin embargo, el Municipio ha hecho unos arreglos que nos contentó mucho. Han hecho aulas pequeñas, un cuarto de música para chicos que no pueden pagar el conservatorio, y les han dado el piano y el violín.

—¿Es la casa donde funciona ahora el Centro Las Tres Manuelas?
—le pregunto tratando de ubicarla en mi mapa mental del centro histórico—.

—No. Esa era la casa de mi abuelo Andrade Marín, papá de mi mamá. Mi papá fue Juan José Mena.

Y continúa rememorando.

—Recién me festejaron mis 90 años en casa de mi hija Helena. Yo nací en Quito, el 4 de mayo de 1917. Para el festejo me pidieron las fotos de cuando era niña, del Colegio de los Corazones donde me eduqué, de cuando éramos más guaguas. En la foto del Colegio estoy con cuatro o cinco compañeras; en otra estoy con unos primos con los que nos llevábamos mucho, creo que también me pidieron fotos de mi trabajo.

Así introduce uno de los logros de su vida que más le enorgullece, uno de los temas de los que más le gusta hablar, a la vez que es el que define el trayecto de su narración.

—Yo trabajé en el Seguro Social. Tiene que poner en su libro que fui fundadora. Soy de las primeras empleadas. Antes no era bien visto que la mujer trabajase. Trabajé desde muy joven, desde que tenía 19 años. Como tenía un título de contadora comercial que me dio el Colegio 24 de Mayo, primero entré a unos puestos insignificantes, luego me ascendieron. Era soltera y allí conocí a mi marido, Jaime Barrera.

—Entonces usted comenzó en Los Corazones y se pasó luego al 24 de Mayo.

—Sí. La única obra buena que hizo Velasco Ibarra fue fundar un colegio laico para señoritas. Fui también alumna fundadora del 24 de Mayo.

—¿Fue su papá liberal? —pregunto, pues por lo general en esa época al Colegio 24 de Mayo asistían las hijas de los liberales.

—No. A papá le parecía terrible esa transformación liberal. Mi padre fue católico pero no afiliado al partido conservador. Él decía: "Yo soy católico pero no *curuchupa*". La de origen requete liberal fue mi mamá, también católica, pero de ideas liberales. Por eso yo digo que soy lampreada.

Helena interviene y cuenta que sus abuelos contrajeron matrimonio antes de que pasara la ley liberal que establecía el matrimonio civil, "porque mi abuelo estaba contra esa ley que iba a pasar el papá de mi abuela".

Y doña Rosario agrega, —Por eso le dijo a mamá: "Nos casamos antes de que pase esa ley". No se casaron de apuro, como ahora, sino para evitar la ley liberal.

Algo desconcertada con esta inusitada trama repregunto, —¿Cómo así su papá, siendo católico y estando en contra de los cambios impulsados por la revolución liberal, permitió que usted fuera a estudiar al Colegio 24 de Mayo.

—Cuando mi papá se casó con mi mamá, él tenía 47 años, ya no era joven, mientras que mi mamá era jovencita, tenía 18 años. En ese tiempo parece que las uniones eran así de disparejas. Mi papá tenía título de agrimensor, tenía título universitario. Mi abuelo materno Francisco Andrade Marín fue un abogado de maravilla, fue encargado del poder o sea presidente del Ecuador. Cuando destituyeron a un presidente *curuchupa*, no recuerdo cuál, mi abuelo era senador y presidente del Congreso. Despiden al presidente y los militares van a proponerle a mi abuelo: "A usted le corresponde por ser presidente del Senado". Mi abuelo se resiste porque dice que le corresponde

a otro, corren a buscar al nombrado, no le encuentran porque se había ido fuera del país y vuelven donde mi abuelo: "Le toca a usted". Estuvo encargado del poder un año. Esto me contó mi tío Miguel Andrade Marín que acaba de cumplir 101 años.

Tratando de ubicarme en la genealogía de la familia Andrade Marín pregunto si es hermano de Luciano Andrade Marín. Helena me aclara que hay dos ramas: "Mi abuelita Andrade Marín tuvo dos hermanos de padre y madre: Luciano y Margarita de donde vienen los Cabeza de Vaca, y otros sólo de padre: Carlos Andrade Marín que fue Alcalde de Quito, Miguel que fue Rector del colegio Benalcázar, Jorge y Hortensia". Inmediatamente, doña Rosario retoma la narración.

—Mi abuelo estuvo casado tres veces. La última vez se casó con una señora Malo, mamá de Miguel. En el páramo del Cotopaxi, donde están los primeros pinos sembrados por Luciano, pusieron una placa con su nombre, no sé si exista todavía. Luciano fue un investigador científico que hizo mucho por el Ecuador.

—Mi mamá, la guagua con quien se casó mi papá, tuvo 12 hijos. Le voy a contar el cuento del enamoramiento de mi padre en la casa Andrade Marín. Mi papá se dedicaba a la medición de las tierras, de las aguas, de los linderos de las grandes haciendas.

—¿Fue rico su papá? —pregunto.

—Al principio un poco, después fue pobre. Mi abuelo Andrade Marín llama a este señor Mena para que le ayude, el uno como abogado y el otro como medidor de tierras. Papá fue a la casa de mi abuelo, la que ahora es la Casa de las Tres Manueles. Mi mamá y Margarita eran un par de guaguas huérfanas, tan niñas eran que mi padre coge a mi mamá, la pone en sus rodillas y le hace jugar con su reloj con leontina. Esa guagua crece y se hace una señorita bellísima.

Me señala con el dedo la foto de su madre que tiene enmarcada sobre la mesa contigua al sofá donde estamos conversando. Me paro para traerla y mirarla de cerca.

—Linda mujer y linda foto, —comento. —Hasta el vestido es bellissimo.

—Entonces mi papá se enamora y mi abuelo acepta el casamiento, no por la plata, porque plata creo que había poca en ese tiempo, sino porque mi abuelo era viudo y tenía que casar a las guaguitas. Así fue como se casó mi padre con mi madre. Esa pareja procrea ocho hijas y cuatro hijos: Ignacia,

Eduardo, Clotilde de Coloma, Leticia de Troya, Beatriz que murió joven, Alfredo, Laura de Delgado, Juan, yo, Rosario de Barrera, Alicia de Ontaneda, Gonzalo y la última, Tere de Carrión. Todos éramos chiquitos, no éramos altos y todos estamos viejos. Todos nacimos con partera en la casa que tenía mi padre y que era la apropiada para esta cantidad de guaguitos que fuimos. Cada año nacieron los primeros, los siguientes cada dos y la Tere vino a los cinco años. Mi mamá era lampreada, era divina. A mi papá no le gustaban las beatas, no le gustaba ni que su esposa ni que sus hijas fueran hijas de María, como se acostumbraba, aunque educó a sus hijos hombres donde los jesuitas.

El Colegio 24 de Mayo

—Se funda el colegio 24 de Mayo, lo funda Velasco Ibarra. Por eso le adoro a Velasco aunque haya hecho barbaridad y media en la política. Lo que querían es un colegio laico de primera, donde pudieran ir las señoritas de las familias conocidas de Quito. Una amiga de mamá, la Lucilita Cortéz le convenció de que nos pusieran en ese colegio. Mi mamá ya estaba apurada de platas, con tanta familia, y seguramente pensó que nosotras debíamos prepararnos para trabajar. Mi papá era ya viejo, ni se ha de haber enterado de que íbamos a colegio laico, —agrega riendo. La escuela del 24 de Mayo fue fundada por Isaac Barrera, mi suegro, porque no tenía donde educar a sus hijas y no quería monjas.

—A ese gran Colegio fueron hijas de liberales, hubo una mezcla, era barato, no pagábamos sino la matrícula, el colegio nos costaba todo, hasta el refrigerio. Fue una maravilla de Colegio. Tuvimos profesores hombres, lo cual era una novedad viniendo de colegio de monjas. Alfonso Cuesta fue mi profesor, luego se fue a vivir a Venezuela, decían que era comunista, era muy joven, nos enseñaba gramática. Nosotras le decíamos: "No nos enseñe gramática porque eso nos enseñaron las monjas, cuéntenos un cuento". Para él era una dicha porque se le despertaba su talento literario y nos contaba el cuento. Duró poco tiempo en el Colegio, se casó y se fue a vivir a Maracaibo. Volvió después de años, yo le ví ya viejo, al poco tiempo murió. La primera rectora era severísima, era educada en Alemania: María Angélica Carrillo de Mata Martínez. Cuando yo era guagua todavía no había el 24 de Mayo, la educación era ¡Dios mío! monjitas y

curitas. El monjío era tremendo. Los liberales dijeron: "Hay que hacer escuelitas". Entonces hicieron el 24. Mi educación primaria no era nada, no nos daban ni certificado de haber terminado. Las monjas eran una maravilla para la ortografía, para tener una letra preciosa, nos enseñaban a bordar, a tejer, a bordar con mullo las casullas de los sacerdotes, a coser a máquina.

—La primera alumna graduada en Humanidades Modernas fue la Hypatia Bustamante Cárdenas que acaba de morir. ¿Sabe por qué fue la primera? Comencé a hacer una serie de asociaciones y conjeturas y cuando estuve a punto de responderle, ella continúa contándome sobre la graduación en ese Colegio que con tanto placer recuerda.

—Como llamaban por orden alfabético y ella llevaba el apellido Bustamante fue a la primera que entregaron el título. Claro que después dieron a un mundo de mujeres más.

Ríe sabiendo que me confundió y agrega:

—Para mí fue un cambio muy bueno. Ir de un colegio de monjas donde teníamos a los diablos, a las pailas del infierno, todo era pecado, todo era feo, a un colegio laico, con profesores hombres, con una rectora de primerísima, con clases de inglés, con profesores comunistas como el señor Vascoli, que nos daba geografía. El primer himno a Quito se cantó en el Colegio 24 de Mayo, letra y música eran incaicas, fue compuesto por el padre Azcúnaga, un franciscano español. La letra me acuerdo, dice así.

*Quito antiguo alcázar de Atabualpa
Regio palacio donde el sol tiene su imperio*

—Creo que es de la misma época de *Patria tierra sagrada* que ahora canta el presidente Correa y que también cantábamos en esa época. En el 24 de Mayo saqué el título de contadora comercial. Hace poco tuve que buscarlo y buscarlo para poder demostrarle a mi nieto que no creía que había tenido título. Le mandé a los Estados Unidos y el chiquillito lo ha puesto en marco y lo tiene a la vista en su habitación.

Soy de las primeras empleadas del Seguro Social

—¿Por qué entré a trabajar en el Seguro Social? Porque necesitábamos plata en la familia. ¡Y me sirvió tanto el título de contadora! Si entré al Seguro Social no fue porque era parte de la masa de chicas bonitas que ya empezaban a trabajar, sino porque necesitaba. Algunas mujeres trabajaban en la Caja de Pensiones. La Caja fue más antigua, fue fundada para los de corbata, mientras que el Seguro fue para “el pata al suelo”, el obrero de las fábricas. Entonces yo ostentaba mi título y por el título me fueron, poco a poco, ascendiendo hasta que llegué a un puesto bonito en secretaría; por esto iba a las sesiones del recién fundado Seguro, que se abrió en noviembre de 1937. La ley de creación fue del dictador Federico Páez, un viejito amoroso, fue una ley maravillosa de un dictador.

—Era muy difícil atender en ventanilla porque algunas personas eran analfabetas. Yo mismo tenía que hacerles la solicitud. Era un oficio bonito para mí porque todo estaba comenzando. El Seguro comenzó con bastante plata que enviaban las empresas, no sabía qué hacer con tanta plata. El primer gerente invirtió (todavía no había ni pensiones ni jubilaciones) en una empresa de barquitos para la pesca en la costa ecuatoriana; les fue mal, ese primer invento fue un adefesio, fracasó este primer gerente y renunció. Vinieron otros gerentes entre esos José Federico Ponce. Trabajé en el Seguro diez años. Empecé pegando sobres y mandando al portero al correo, un trabajo adefesioso, cansado, feito, pero fui vivísima, les dije que tenía título y por eso me fueron subiendo hasta que José Federico me dijo: “Dijiste que eres taquígrafa, quiero que vayas al consejo a tomar nota de las sesiones”. Yo le dije: “Me acabaron aquí porque era una buena taquígrafa pero como no practiqué me he olvidado, pero Elenita Moncayo sí es una gran taquígrafa”. Le dieron el nombramiento a Elenita y a mí me dieron otro un poquito más alto, para estar en ese mismo consejo ayudando a José Federico. Este nombramiento fue importantísimo porque ahí conocí a gente de primerísima, entre esas a mi marido. Es una historia que les cuento a mis hijos y, más, a mis nietos.

—Jaime iba a la oficina donde yo trabajaba y me decía: “Señorita Mena, y yo: “Doctor Barrera en buena hora aparece porque me hace falta el folleto que usted nos dio para entregar instrucciones, las cinco lecciones a los obreros, que estoy entregando personalmente en las ventanillas”. Otro día el doctor Barrera me encuentra con unos anteojos que me quitaba y me

ponía. "Señorita Mena ¿por qué se quita y se pone los anteojos?" "Porque no me acostumbro, doctor Barrera". "Le quedan muy bien". Total es que conocí a Jaime de doctor Barrera.

—Marina Moncayo de Icaza, la esposa de Jorge Icaza, fue la primera mujer en el Seguro Social. La segunda fui yo. Ella fue archivera, yo era íntima amiga de Jorge y Marina, ella fue la gran actriz de teatro. Jorge se enamora de semejante mujer maravillosa. Las funciones más hermosas del teatro nuestro empezaron con Marina en el Teatro Sucre. Yo no llegué a conocerla como actriz, sino como empleada del archivo del Seguro Social.

El título me sirvió porque me consideraban más. Yo trabajaba en crédito y cuando el jefe pedía vacaciones, la señorita Mena lo reemplazaba. El principal reemplazo que hice fue al jefe de prestaciones, cuando le nombraron subgerente. Me iban a dar el cargo de jefe de sección, pero no me lo dieron porque dijeron que una mujer joven se ha de casar pronto. Fui al consejo y les dije: "Ni enamorado tengo".

El pan hecho en casa

—¿Hacían pan en la casa de sus padres? —le pregunto para retornar al Quito casa adentro que se me está escapando.

—En la casa de Quito no, pero sí había horno. Cuando todavía teníamos la hacienda de allí nos venían víveres. No era ganadera pues estaba en las faldas del Pichincha, era pura loma, por Cotocollao donde ahora es San Jorge, un sitio de comidas. En la parte baja estaba la casa de hacienda. La labranza de esa hacienda era muy difícil porque no podían usar máquinas. Como mi papá ya era viejito no podía trabajar mucho y la hacienda no producía lo que debía. De ahí nos traían cebolla, papas, maíz y cebada. Cuando era niña no había pescado fresco en Quito, no había pescado de nuestras costas. Comíamos bacalao noruego que llegaba para la fanesca, riquísimo pescado europeo. Los pollos se criaban en la casa, había gallinero. Tan linda era la casa que nosotros nos metíamos al gallinero cuando queríamos planear alguna travesura o cuando queríamos conversar lo que íbamos a hacer en la hacienda, antes de irnos. Había, en el gallinero, el bebedero para las cuatro gallinas o gallos y una vara para que duerman. Planeábamos entre hombres y mujeres. Mis hermanas mayores, señoritas ya, no estaban en eso. Estábamos los chicos, desde el Alfredo para abajo, éramos una jorga preciosa.

—¿En qué transporte iban a la hacienda? —le pregunto recordando las historias de la bisabuela cuencana de mis nietos, Teresita Domínguez de Peña, quien me contaba que la travesía de verano, desde Cuenca a la hacienda de Cumbe, apenas a 30 km de distancia, duraba tres días con *tambo* incluido. Unas personas iban a caballo y otras a pie seguidas de los sirvientes y de mulas cargadas de vituallas, colchones y demás utensilios de cocina y de la casa.

—Nos íbamos en...uhmmm ¿tranvía? ¿Cómo era? —se pregunta. Creo que íbamos en el tranvía que llegaba hasta Cotocollao, porque mi papá no tenía auto.¹³ Era una caravana tremenda. Había que llevar muchas cosas de la ciudad a la hacienda, que era bastante despoblada: colchones, cobijas y todas las cosas para un familión. Los indios de la hacienda venían a llevar las cosas en mulas. Primero iban los arrieros a la casa de Quito y papá les decía: "Ya vamos a pasar las vacaciones a la hacienda". Papá decía que había que irse antes del 10 de Agosto porque había bullas en el Congreso. Desde ese tiempo ya había las bullas en el Congreso.

—La casa de mi papá, la de la García Moreno, hubiera sido patrimonio histórico. Tenía a la entrada un portón divino, con una puerta del año de la chispa, con un golpeador del año de la chispa y un zaguán que llegaba al primer patio. En el primer patio, el principal, había habitaciones. Después otro corredorcito oscuro que llegaba a la pesebrera donde había un bebedero de piedra para que las mulas, que llegaban con los víveres de la hacienda, bebieran agua, y un gran canal de madera donde comían la alfalfa que había en el jardín de mi casa. Ese era el patio más lindo del mundo. ¡Qué casa más divina! Los corredores no eran empedrados sino incrustados de huesos de animales. En el piso de la entrada los huesos no estaban puestos así no más, sino que formaban estrellitas y figuras. Mi hermano Gonzalo conserva las cuentas de los huesos que papá había comprado en el camal. Fue la primera casa de Quito que tuvo los corredores de hueso en lugar de piedra. Mi abuelo Mena nació en esa casa. Si usted quiere le puedo dar la historia de la casa que comienza en 1800. Mi nieto Andrés la encontró en una biblioteca de Nueva York. En la casa había un buen piano y una bandolina

¹³ El 21 de junio de 1923, el presidente José Luis Tamayo inauguró el tranvía que llegaba hasta la nueva estación del norte de la ciudad: Cotocollao. La fotografía que muestra una escena de la inauguración fue publicada en la primera página del diario El Comercio (Quito) del domingo 24 de junio de 1923 y reproducida en el mismo diario, el miércoles 27 de agosto de 2008, Cuaderno 1, p.11.

européa en un rincón, solo de adorno. Teníamos máquina de coser; mi mamá cosía y cocinaba.

—Papá educó a sus hijos, la primaria, en el Colegio El Cebollar que era de los Hermanos Cristianos. En ese entonces había el Mejía para los liberales, el San Gabriel y el de los Hermanos Cristianos para los conservadores. Mi papá fue amigo del Hermano Miguel, por eso mandó a mis hermanos al Cebollar y a la secundaria al San Gabriel. Los Hermanos Cristianos no daban comunión ni confesaban pero fueron los mejores educadores en Quito. Como uno de los mandamientos de la Iglesia Católica es el pago de diezmos y primicias de sus fieles, mi papá mandaba al Cebollar las papas de su hacienda, porque él era muy cumplidor de sus deberes católicos. En esa escuela se educaban chicos de muy buenas familias de Quito, pero pobres, porque era gratuito. A mi papá le querían porque mandaba los productos de la hacienda.

—El Hermano Miguel iba a caballo desde El Cebollar, que estaba en una loma, hasta la casa de la García Moreno. Tenemos una carta que el Hermano Miguel le escribió a mi papá desde donde murió en Europa (mi hermano Gonzalo conserva la carta en una urna). Le decía: "Señor Menita le felicito por su primogénita (mi primera hermana, Ignacia, que fue de 1904) y le mando para que aprenda las primeras letras (el libro editado por él)". Ese libro debe estar en el museo del Hermano Miguel. Dicen que cuando llegaba a caballo a la casa, mi papá bajaba a recibirle en la pesebrera donde llegaban mulas y caballos. Cuentan que amarraba el caballo a una piedra tallada que había junto a la pesebrera, le ayudaban a bajar y luego subían al cuarto de mi papá. Conversaban y él se quedaba a almorzar en la casa, porque mi mamá le invitaba. Eso consta en una biografía del hermano Miguel. Mi hermana Teresa conserva el sillón donde se sentaba el Hermanito Miguel. Nosotros tuvimos santo propio.

—La última hermana que acaba de morir es Leticia, antes de ella murió Clotilde, todas han muerto de más de 90 años, gracias a la buena alimentación que nos dieron, a no haber tomado Coca Cola sino jugos de fruta como la naranjilla. De niñas comíamos muchos granos que traían de la hacienda, maíz en todas sus formas, hasta la chicha. La leche y la carne compraban en Quito y los huevos cogían del gallinero. Nos ponían tostado en el bolsillo del saco para que comiéramos cuando tuviéramos hambre.

—Había poca naranja porque venía de la costa, bananos había poco, al menos de esas diferentes formas que hay ahora, pues también venían de la

costa, de la hacienda traían moras. La primera corvina de la costa que recuerdo fue la que llegó cuando hubo aviones. Antes sólo había pescado seco.

—Mi padre no fumaba, no bebía, la única vez que brindaba vino era en la Pascua de Resurrección. Él decía que era la fecha más importante para un católico. Ahí sí brindábamos con una botellita de vino en la comida. En Semana Santa preparaban la fanesca. Cuando mi padre murió y mi mamá todavía vivía, mi primo Alfonso Mena nos llevaba siempre la botella de vino para Pascua.

Aprovecho que está nuevamente sobre el tapete el tema de las comidas y le pregunto, —¿Cuándo y de quién nació su afición a la cocina?

—De mi mamá, gran cocinera fue mi mamá, fue una bella cocinera. Hacía las más ricas choclotandas, la más rica fanesca, todo lo que hacía era lo más rico. Ella no se mataba cocinando, sino que supervigilaba a la cocinera y a una huasicama que traían para que muele los granos en piedra porque no había molinos (alguien de la familia debe tener esa piedra). Molían sentadas en el suelo, sobre todo el morocho que tiene la cáscara tan dura. Después le ponían en agua, le refregaban para que salga la estopa. Morocho comíamos de dulce, de sal y de todos los sabores. Yo he sido cocinera toda la vida, mis hijas también. Me acuerdo que mi papá puso un palo en una de las columnas de la casa para que hagamos las melcochas. Creo que vivimos también comiendo dulce de higo porque había árboles en el jardín de la casa.

Las costumbres de entonces: procesiones y duelos

—Recuerdo cuando era niña que las sequías eran muy frecuentes. Los pobres agricultores y las pobres gentes lloraban porque perdían cosechas y los precios de los víveres subían. De las sequías se hablaba en los sermones, en todas partes se rogaba a Dios para que lloviera, pero no contentos con eso salían en procesiones. ¡Qué procesiones!!! Salían con las imágenes de La Dolorosa y del Corazón de Jesús cantando:

*Corazón santo tu reinarás,
Rey de mi canto siempre serás.*

*Salve, salve gran señora,
Salve poderosa madre,
Salve emperatriz del cielo
Hija del eterno padre.*

—Cuando había sequías se hacían las rogativas a la Dolorosa y al Corazón de Jesús. En la casa de mi papá había una imagen enorme a la entrada y, claro, también una de la Dolorosa. Ni papá, que era hacendado, ni mi mamá salían a las procesiones porque había mucha gente en las calles; tampoco nos dejaban salir porque decían que podíamos perdernos. A mis papás no les gustaban las manifestaciones, las multitudes. Eran católicos a todo dar y por eso se llenaron de hijos.

—¿Rezaban todos los días el rosario? —le pregunto recordando que mi abuela lo hacía diariamente y también mi mamá.

—No. Nosotras salíamos de los Corazones a las cinco de la tarde ya bien rezadas el rosario. Mi lampreado con liberal es magnífico. Las que sí salían a las procesiones eran las muchachas, porque en estas casas de tantos guaguas había una para la cocina, otra para tender las camas. Hubo una Esther Ortiz que crió a mi hermano Gonzalo, el penúltimo. El Gonzalo le decía "mamita Esther". Ella barría cargada del guagua en la espalda.

—En los duelos, cuando moría algún familiar cercano, se tapaban los cuadros, se ponían crespones. En la puerta principal la funeraria ponía una cortina negra horrible dentro de un marco, para que se supiera a leguas que había duelo. Nosotros no pusimos esas cosas cuando murió mi hermana Beatriz, jovencita, de 22 años. En los duelos había que vestirse toda de negro y por un largo tiempo. A mi me dieron licencia en el Seguro Social. Antes mandábamos los vestidos a que les tinturen, al menos en mi casa. La ropa de mis ñañas mayores se tinturaba, nada se botaba. Como nos tocó estar tanto tiempo de negro, a lo mejor me hicieron una posturita, tal vez una faldita. Las tinturas eran buenas, o se hacía en la casa o se mandaba a tinturar. Hacían hervir las ropas, luego las lavaban, porque a veces no cogían pronto el color, solo el blanco cogía pronto, la blusita rayada cogía a medias. Los duelos eran rigurosos: cortinas negras, tarjetas grandes con alguna imagen y adentro decía: "Participan la muerte de... y le invitan a la misa". Yo he guardado algunas tarjetas que tienen una cruz negra, otras tenían la foto de la persona muerta, otras tenían un cerco negro, ésas eran las que servían para mandar el pésame. Eran unas costumbres rígidas cuando éramos guaguas.

Me muestra un recorte de la Liga de la Caridad donde aparece Juanita Donoso de Barba y me cuenta que ella, junto con María Robalino de Terán, hacían obra social y crearon "La Gota de Leche".

—Traían la leche de sus haciendas en tarros y les daban a los niños recién nacidos que las mamás los llevaban a sus casas. En mi casa no ofrecieron leche porque la hacienda de mi papá no era lechera. Yo no vi esto, lo supe por mi mamá. La Liga de Caridad consistía en que en lugar de mandar flores colocaban un buzón en la casa del muerto y en la iglesia para recolectar fondos: "Las flores se marchitan pronto, en cambio un donativo no", decían. Entonces se ponía el dinero junto con una tarjetita que decía: "A la memoria de..." Esta costumbre duró bastantes años, servía a los familiares necesitados, recogían bastante plata cuando moría una celebridad; la mitad iba a la familia del muertito y la otra se llevaban las señoras para entregarla a la gente necesitada. Esa fue una linda obra. Hasta hace poco me decía mi hija que había buzones.¹⁴

—Las casas del centro eran lindas, siguen siendo lindas, todas tenían balcones. El 20 de abril, día de La Dolorosa, se sacaba al balcón de las casas su imagen y la del Corazón de Jesús, se llenaban los balcones de adornos, de flores. En mi casa, mi papá ponía unas lindas luces de velas en el pasamano que daba a la calle y eso llamaba mucho la atención. Como el balcón de mi casa era tan grande, la imagen era grande y los adornos también. En otros balcones, más chiquitos, las imágenes eran más pequeñas, menos adornadas. El balcón de las Almeida, al frente de nuestra casa, también era bien grande. Esa casa es ahora de los jesuitas, ahí funciona "Fe y Alegría", pues creo que los Almeida les dejaron en herencia. Ahí sí salíamos los guaguas, a las 6 de la tarde, a ver qué altar era el más bonito. El altar de las Ponce Enríquez era una belleza. Abundaban los comentarios: "¿Se fueron por la Cuenca?" "Sí, qué lindo el altar de la García Moreno". La ciudad era chiquita, íbamos a pie, no habían buses que estorben, íbamos los guaguas con las muchachas y las mamás a ver los altares.

¹⁴ Ana María Goetschel (2002, 19) cuenta que la Gota de Leche se organizó en la década de 1920 y que, a partir de 1929, empezó a funcionar la Liga de la Caridad, cuyas actividades aparecían semanalmente en los principales periódicos. Esta Liga recogía fondos a través de buzones que se colocaban en sitios públicos, principalmente "en funerales de personajes de la alta sociedad".

El hermano inventor y el vecino compositor

Tuvimos varias sesiones con doña Rosario. Entre una y otra ella hacía apuntes de lo que recordaba cuando despertaba en la madrugada. Así fue como recordó la historia de su hermano, el científico Luis Eduardo Mena Andrade Marín, quien fue director, por tres ocasiones, del Observatorio Astronómico de Quito. En una de esas sesiones, apenas nos instalamos a conversar me entregó una copia del discurso que pronunciaron en 1998 cuando divulgaron su foto en el salón del observatorio.

—Mi hermano vivía pendiente de los sismógrafos. Cuando había un temblor fuerte él decía: “No se asusten, el fuerte ya pasó, después han de venir unos chiquitos”. Él sabía pero decía que no se podía predecir un terremoto. El primer aparato de radio que se escuchó en Quito fue hecho por Eduardo. Yo era niña, escuchábamos con fonos, fue la novedad en la casa. Hasta ahora me acuerdo haber escuchado a una soprano de Estados Unidos. Una vez sacamos la radio a la ventana para ver si se oía, pero no. Un ministro de educación, no recuerdo su nombre, fue a la casa a ofrecer una beca para que Eduardo fuera a estudiar en un país europeo. Lamentablemente el ministro se esfumó en una de las revoluciones de ese tiempo y el viaje también. Cuando íbamos a pasear a La Alameda teníamos entrada libre al Observatorio, a cualquier hora. Mi hermano nos colocaba los aparatos, nos ponía a ver por el telescopio. Mi hermano fue muy hábil, puso a funcionar un sismógrafo francés que llegó sin instrucciones. El Observatorio era bellissimo. ¡Qué lindo que era!

—Velasco Ibarra, en la primera presidencia, le canceló. Llegó sorpresivamente al observatorio a las 8:00 de la mañana, tal como ahora hace el presidente Correa, a ratos me parece que le está imitando. Velasco era un hombre muy culto, muy educado, aunque tenía sus ráfagas de... Cuando llegó no encontró a mi hermano. El personal le indicó que el señor Mena trabajaba toda la noche viendo las estrellas, pero no hubo caso, le canceló. Al poco tiempo otro presidente le restituyó en el cargo, porque cambiábamos a cada rato de presidentes.

Inmediatamente asocio la historia de su hermano con el libro de Elena Poniatowska, *La piel del cielo*. Como sigue siendo una gran lectora, le comento sobre el libro y ofrezco prestarle. Ella, muy embebida en sus apuntes, me muestra un recorte de una noticia que apareció en un diario de

Latacunga sobre el primer gobierno velasquista en la que se apunta que "el doctor Carlos Andrade Marín en 1935 estuvo al frente del Instituto Nacional Mejía cuando el gobierno del doctor Velasco Ibarra pidió al rector se abstenga de matricular alumnas en aquel plantel."

—¿Qué le parece? —me pregunta reprobando implícitamente el hecho y pasa al siguiente tema de sus apuntes.

—Hubo un genio en la música que ha pasado desapercibido: Belisario Peña Ponce. Vivía frente a nuestra casa de la García Moreno, por eso le conocimos tanto. Estuvo casado con Laurita Almeida Borja (me muestra una foto de cuando esa pareja contrajo matrimonio). Como ejecutante de piano era una maravilla y como compositor otra maravilla. Era mucho mayor que mis hermanas mayores, se casó maduro y no tuvo hijos. Cuando salíamos a la ventana, como la calle García Moreno era un poco estrecha, el Belisario abría la ventana y nos comunicábamos de ventana a ventana. "Belisario, Belisario", le llamábamos, "toca un poco de música". "¿Qué quieren guambros?" "Chopin" —respondíamos porque era él único músico que recordábamos. Como tenía el piano cerca de la ventana, le veíamos tocar. El tocaba composiciones de él. Mi cuñado Jaime Carrión le regaló a su nieto una partitura de Belisario con su firma.

Donaciones a la Iglesia Católica

—Para construir la Basílica del Voto Nacional pidieron piedras labradas con los nombres de las personas que las donaban. Mis papás dieron piedras para los cimientos, pero no pusieron grabación. El problema era que no se estaba cumpliendo con el voto nacional y el voto es voto. No se cumplía porque no había plata para construir, ni siquiera piedras para los cimientos. Hasta esa tara nos dejó García Moreno. ¡Una barbaridad! Los jesuitas, años después, pidieron joyas y oro para hacer el marco de la imagen milagrosa de la Dolorosa. Cuando los chicos del San Gabriel vieron el milagro, el marco era insignificante, ahora es un sueño, tiene engarzadas esmeraldas enormes, rubíes, zafiros y otras piedras preciosas, tiene oro por aquí y oro por allá. Todas las señoras ricas de Quito donaron sus mejores joyas para la Dolorosa, mis papás dieron sus aros de matrimonio. Es algo que vale la pena ver, tiene que ir a la novena de la Dolorosa para que vea ese marco.

Casi muero de difteria

—Ahora me salto a las medicinas, —me anticipa revisando sus apuntes. Cuando era niña solo había vacuna de la viruela, los niños morían por tosferina y difteria, eran plagas, a mí me dio difteria, también a mi hermano Gonzalo. El doctor Ayora, amigo de la familia, era consultado en casos graves. Mi papá le llamó porque yo me moría asfixiada. El doctor le pidió autorización para ponerme un suero de caballos en el ombligo, asegurándole que me salvaría, pero que quedaría enferma del corazón. No me acuerdo de esto, todo me contaron, tendría entonces unos tres años. Dicen que tuvieron que cuidarme mucho y mis hermanos me molestaban por esto. La historia no termina aquí. Cuando fui empleada del Seguro Social daban los préstamos rapidísimo; aunque era una guambra hice la solicitud para comprarme un terreno y me examinaron para darme o no el seguro de desgravamen. Yo no quería que me den para no pagar una prima tan alta. Mi mamá exageró y le contó que yo había tenido difteria y que el doctor Ayora había dicho que quedaría enferma del corazón. El médico me hizo brincar la soga, hizo que me agite, me tomó la presión y dijo: "Ella está perfectamente bien y mi informe va a ser favorable". Me compré el terreno, les compré a los Mantilla en lo que era el hipódromo.

Aprovecho y le pregunto si ella o su familia iban al hipódromo.

—No fui nunca al hipódromo, pero sí fui hincha del teatro Bolívar, —me responde y abandona el libreto para contarme sobre sus diversiones mientras estuvo soltera.

De cines, toros, fiestas y veredas tropicales

—Recuerdo que el primer cine que conocí fue El Sol; había que subir y subir por la Avenida 24 de Mayo hasta el tope. La 24 de Mayo era una avenida linda para pasear, a ambos lados había ventas de flores y cosas bonitas y la Capilla del Robo que era otra novedad, pero el cine del tope era sucio, con unos sillones feos, eran feos los muebles y fea la concurrencia. Este cine no era de los Mantilla que fueron los dueños del Teatro Bolívar. La Eugenia Mantilla, mi gran amiga desde el colegio, se sentaba al lado mío en Los Corazones. En ese tiempo el Teatro estaba en plena construcción, nosotras veíamos desde el Colegio cómo se construía y las monjas también. Según

ellas, ir al Bolívar era ir directo a la paila del infierno, no nos decían tan así, pero sí que era el lugar del mal, el lugar del diablo y del pecado. Total, nosotras salíamos del Colegio santiguándonos de la misa del domingo e íbamos directo a la vermut del Bolívar, entrábamos gratis porque estábamos con la dueña. La Eugenia nos llevaba al mejor palco, íbamos con el uniforme del colegio. La Eugenia no acabó el colegio conmigo, los papás le sacaron porque era una injuria tremenda lo que las monjas le decían.

—También íbamos a las corridas de toros en la Plaza Belmonte. Nos pedían banderillas decoradas de lujo, no peladas como son las de ahora. Eran adornadísimas, por ejemplo con una muñeca, cosa que el pobre torero ha de haber pasado angustias. Los toreros venían de España. La misma plaza de toros hacía unas banderillas que se llamaban “de lujo”, eran lindas y nos costaban bastante plata. Una afición de todas eran los toros en las haciendas donde hacían pequeñas plazuelas. Estuve en Catahuango donde pasó lindo Bolívar con Manuela, recién no más salen estas historias. Marcelo Ruales, un gran amigo de mi hermano Juan, hizo la pequeña plazuela y una linda fiesta para inaugurarla. Los novillos eran chiquitos, los invitados se metían a torear. Marcelo administró esa hacienda que los jesuitas heredaron de una señora rica. Íbamos mucho a Catahuango en los años cuarenta cuando yo estaba soltera. El comedor donde comieron Bolívar y Manuelita tenía una mesa muy ancha y larga, larga, larga y en lugar de sillas tenía bancas. Como íbamos con mi hermano Juan, mi mamá nos dejaba ir. Mi papá estaba viejito, ya no opinaba. Dejaba a mi mamá que hiciera y deshiciera.

—Creo que mi mamá vivía colgada del santo rosario para que las hijitas regresen breve, porque si no habría sido gravísimo. Nos mandaba a recoger de las fiestas con mi hermano Juan, él era el mandadero, no había más remedio. Pero como tenía una jorga preciosa, iba lleno de amigos a recogernos. El Juan era muy relacionado, tenía unos amigos adorables, hasta ahora nos acordamos de ellos, eran fiesteros y nos invitaban a los bailes en las casas particulares.

Le pregunto si le gustaba bailar.

—Sí me gustaba bailar pero no arreglarme mucho, los bailes en clubes me horrorizaban, las fiestotas no me gustaban, estaba a gusto en cosas muy íntimas. Sólo una vez fui de traje largo.

—Ya veo que usted se entretuvo mucho mientras fue soltera, —le comento. A renglón seguido le pregunto si paseaba por el parque de La Alameda.

—Paseábamos con las amigas por la vereda de La Alameda, porque el parque estaba adentro y allí el observatorio, ya le conté. Le llamábamos “la vereda tropical”, como la canción cubana que estaba de moda en esa época. Por la vereda nos paseábamos también las empleadas del Seguro Social. Era lindo, lindo, lindo. Paseábamos jorgas de amigas y amigos también. Cuando nos daba hambre entrábamos a comer salchichas en *El Epicur*, no era elegante como después, pero era decente. Recuerdo que vivíamos con hambre.

Las mamás de esa época

—Mi mamá casi no salía, con tanto hijo y tanto que hacer en la casa sólo salía a misa. En ese tiempo las señoras usaban manta negra con un alfiler en el pecho. Pasaba en la casa criando hijos y cuidando a su marido que era viejito. Casi no se divertía. Ella nació para ser, a los 18 años, esposa de un hombre muy mayor a ella y atenderlo. Por suerte papá no era molesto, nunca le vimos bravo ni de mal genio. Fue un hogar muy lindo.

—Mi papá era muy aficionado a la carpintería, hasta viejito le veíamos con sus herramientas. Cuando estábamos con amigas en la pequeña salita que recibíamos, en esa casa preciosa de la García Moreno, le veíamos desde lejos trabajando en su carpintería, se pasaba silbando mientras trabajaba. ¿Y sabe lo que hacíamos? Le dábamos el tonito de lo que queríamos que silbe, silbábamos el himno nacional y él silbaba, silbábamos canciones de nuestra época o de la de él y papá silbaba, inconscientemente cogía el tono y silbaba.

—Mi mamá era muy amiga de Juanita Donoso de Barba y de María Robalino de Terán. Esas eran sus dos amigas íntimas, vivían cerca de la casa y sus hijos eran amigos nuestros. Poco se veía con sus amigas, una que otra vez iban a la casa, porque mamá pasaba tan ocupada y eso que en ese tiempo había servidumbre: la cocinera, la muchacha de los cuartos, la lavandera. Por eso soy amiga de Isabel Robalino Bolle desde que éramos guaguaitas, porque era prima de las Terán Robalino de las de la Liga de la Caridad, que ya le conté. Isabel es hija de Luis Robalino Dávila, diplomático y de una señora alemana y protestante. Fue la primera mujer que estudió en el Colegio Mejía, una proeza, y la primera que ingresó a estudiar leyes en la Universidad. Como era católica fundó la LEC (Liga de Empleadas Católicas) a la que yo pertencí. No éramos beatas. Fundó también la JOC (Juventud

Obrera Católica).¹⁵ Alguien me dijo hace poco: "Ella era comunista". "¡Qué comunista ni qué nada! Le dije, si fundó la JOC". Ahora está viviendo en su gran hacienda en Chillo, heredada de su papá. No se casó. Hace poco conversando le digo: "¿Te acuerdas Elita de cuando preparábamos el té de las muñecas?" "Claro que me acuerdo", me dice. Una mujer tan importante conversaba hace poco del té de las muñecas. Ella conversa con mucha soltura y mucha cabeza.

Un noviazgo entre libros

—Yo me casé a los 29 años, en esa época ya estaba pasada y Jaime pasadísimo, tenía 36. A los chicos, cuando se casan muy jóvenes, les digo que el nuestro fue el matrimonio ideal. Jaime fue un hombre divino, maravilloso...

Echando mano de su ironía concluye.

—Se enamora de mí gracias a mi título— y ríe alegremente.

—A Marinita de Icaza, de quien fui tan amiga, un día le digo: "Marinita, voy a preparar mi soltería, quiero una soltería bien bonita, quiero que Jorge me venda libros (tenía una librería), ya sembré macetas en la azotea de mi casa, yo no me caso". Seguía viviendo en la García Moreno, tenía entonces 28 años y ya era solterona. Marinita me dice: "Le voy a decir al Jorge que te dé al fío los libros", porque sabía que no tenía para pagarle. Me gustaba mucho leer. Fuimos a la librería de Jorge y él me quería dar puros libros comunistas. Me dio el de él: *Huasipungo*. Ahí lo tengo en mi biblioteca, me falta *El Chulla Romero y Flores*. Jorge Icaza tenía lo que él llamaba "La Tienda" donde vendía libros; en su casa debe haber tenido maravillas. Jaime Barrera iba mucho a la librería de Jorge a comprar libros, no tenía ideas comunistas, era un abogado liberal, no era afiliado a ningún partido. Llega Jaime a la librería y Jorge dice: "Quién mejor que Jaime para que le haga una lista de los libros que usted quiere comprarme". "Señorita Mena le voy a hacer una lista" —dice Jaime. Es una historia bien bonita. Así fue como Jaime llegó a mi oficina con la lista. ¡Qué lindos libros que me puso! ¡Qué pena no tener la lista! Me acuerdo que en la lista estaba *La Madre* de Máximo Gorki y otros libros rusos, como *Ana Karenina* de León Tolstoi.

¹⁵ En la JOC se estimuló a las jóvenes obreras para que ingresen a la organización y enfrenten colectiva y cristianamente los problemas obreros en la confrontación ideológica de los años 30 del siglo XX entre el socialismo y la Iglesia Católica (Goetschel 2002, 39).

—El Seguro funcionaba en un adefesio de lugar cuando yo trabajé. Era una casa común y corriente de Quito, un poco grande, frente al correo, en la Benalcázar, al lado de La Providencia, donde ahora es la Vicepresidencia. Era una casa tan incómoda, porque era para vivienda. En esa primera casa comenzó a trabajar mi tío Carlos Andrade Marín como jefe del servicio médico. Ahí mismo tenía un consultorio que no era consultorio porque funcionaba en una terraza. Todo era provisional. Comenzaron a decir que había nepotismo. Y yo decía: "Que le boten a Carlos Andrade Marín pero a mí no". Crearon el Instituto de Previsión Social para que supervise las dos cajas, la de los de corbata y la de los de poncho. En el Seguro Social nombraron personal fantástico de Quito, gente muy ilustre. Uno de ellos fue el doctor Benjamín Carrión, presidente del Instituto de Previsión. Benjamín ya me conocía porque mi hermana Tere se casó con su hijo. Necesitaba un secretario/abogado, un cargo alto en el Instituto, y saca de la Caja de Pensiones a Jaime, que era abogado. Por eso Jaime iba mucho al Seguro Social porque estaba elaborando las primeras leyes de la institución.

—Un día que yo salía del Seguro se acerca Jaime y me dice: "Señorita Mena, ¿puedo regalarle un libro para su biblioteca?" "Pero claro doctor Barrera". Me trae un libro voluminoso, en una edición de las malucas que tenía Jorge, se llamaba *Servidumbre Humana*, de Somerset Maugham. El libro estaba empastado en cuero y con mis iniciales. "Púchicas, dije, ahora tengo que leer, no me queda más remedio." Era grandote. Al poco tiempo me pregunta: "¿Qué le pareció el libro?" "Es muy bonito, le he leído hasta tal parte y me gustó el capítulo tal". Y vea usted la viveza de Jaime. "El libro vale por ese capítulo", me dice. Así comenzó el romance de la señorita Mena.

—La Elenita Moncayo y yo íbamos a las sesiones y tomábamos nota, ella en taquigrafía, luego cotejábamos. En los momentos libres copiábamos, a máquina, los versos del libro de poesía *Las Rubaiatas* de Omar Khayyám, gastando papel del Seguro Social. Un día cuando ya había acabado de copiar los versos, entra Jaime y ve los papeles agarrados con un clip. "¡Ah! dice son muy bonitos. Déme para hacerles empastar". Y me regala las hojas empastadas en cuero con mis iniciales. Ahí sí que sospeché. Después ya me dijo que me amaba, empecé a recortar las crónicas que escribía Jaime en El Comercio. Tengo recortadas toditas. Le conté a mi mamá porque quería que Jaime entre, me visite, vea mi casa. Mi mamá era muy amplia: nos daba los permisos para las fiestas, para que entre el enamorado.

—Mi papá ya no se metía en nada, se pasaba en su cuarto leyendo el periódico rodeado de miles de papelitos, él no era intelectual, a lo mejor rezaba. Mi madre tuvo que arreglarse con todo; arrendaba unas tienditas abajo de la casa, mis hermanos ya eran empleados y ayudaban a la economía del hogar, y dos hermanas trabajábamos, una en la Caja de Pensiones y yo en la del Seguro. La situación económica era grave. Verá lo que es el destino. Mi hermana Clotilde era casada con César Coloma que era diplomático. Cuando venían al Ecuador llegaban a la casota de mi mamá hasta conseguir departamento y acomodarse. Un día entro atrasada al almuerzo y mi mamá me habla: "Entras atrasada estando Cesitar y tu hermana. ¿Por qué te atrasaste?" "Es que Jaime Barrera me invitó a un ceviche". Cesitar Coloma toma la palabra: "Señora Clotildita si Rosario se atrasa al almuerzo, a la comida, a lo que quiera porque está con Jaime Barrera, no hay problema". Cesitar abrió el campo y mi madre cambió desde ese día. En ese tiempo no había tanta franqueza, tanta desenvoltura, todo era despacito.

Esposa, ama de casa y madre

—Cuando nos casamos fuimos a vivir a la Colón y 6 de Diciembre. Mi suegro, Isaac J. Barrera, tenía ahí una linda propiedad para pasar vacaciones. El tranvía terminaba ahí. Mi suegro fue un hombre pobre también, no vivía de la literatura, las letras no le daban para vivir. Compró el terreno con lo que vendió un libro, el de Rocafuerte, creo que era. Los Mantillas eran dueños de toda la Colón y adoraban a mi suegro. Casa la Rosarito Mena con su hijito Jaime y entonces mi suegro dice: "Que la casita sea de ellos, que vivan allí". Para mí era una lejura tremenda porque mis padres vivían en la García Moreno y no había teléfono. Cuando necesitaba teléfono me tenía que pasar a esa casa linda, la que botaron, la del antiguo hospital Baca Ortiz. Las llamadas eran con operadora.

Teníamos cocina de leña que también calentaba el serpentín del tanque de agua que estaba al lado de la cocina y así había agua caliente para el baño. También había refrigeradora. La que no tenía todavía refrigeradora era mi madre. En la casa de mi madre tenían una alacena con ventilador para guardar un poco de carne que se compraba diariamente. La cocinera que era muy buena, iba con la lista a comprar todo, a comprar la carne diariamente. Si se compraba un poco más de carne había que colgarle en ese guardafrío

que llamaban. La primera refrigeradora que vi fue la que trajo mi hermana Clotilde que fue diplomática y seguramente tuvo refrigeradora en algún país. La trajeron junto con los muebles y como eran nuestros huéspedes, esa fue la primera refrigeradora que conocí.

—Dejé de trabajar cuando me casé, Jaime no me permitió. Para mí fue un contraste brusco entre la oficina y el hogar. El hogar de Jaime fue muy a la antigua y Jaime, en buenas cuentas, era anticuado. También yo estuve un poco encantada de no trabajar. Jaime era un funcionario alto, la renta nos alcanzaba para vivir cómodamente, no pagábamos arriendo porque la casa era del suegro, es decir teníamos una vida holgada. Entonces yo no hacía nada.

Sin poder contenerme opino, —mucho ha de haber hecho en la casa, —pero no tengo eco.

—Desde que fui ama de casa invitaba a mis amigas de la oficina, invitaba a los amigos de Jaime, era un ama de casa fenomenal, porque como ya no hacía nada, era una maravilla. No era muy buena cocinera pero me daba modos. A los tres meses de casada concebí a mi primera hija y me dediqué a hacer el ajuar, eso sí sabía porque las monjas me enseñaron cosas de hogar muy buenas hacía en mis primeras épocas de casada, pero también añoraba la oficina cuando venían mis compañeras a contarme cosas.

—¿Pero seguramente que usted disfrutaba mimándole a su marido, preparándole platos que a él le gustaban?

—Eso sí. Es que para una mujer, lo mejor es que el marido le diga, "qué rico este plato, es mejor que el que hacía en mi casa, mi mamá". Él me celebraba las choclotandas, la fanesca... Yo hacía las sopas nuestras, esas a base de papa que son tan buenas: locro, ají de queso, ajiaco, ají de carne, *timbushca*, las tortillas de maíz, las empanadas infladas.

—La cocinera era una alhaja mujer que me hacía las compras, yo le decía lo que debía traer, vivía en la casa, tenía un guagua, yo le daba cuarto porque tenía espacio, era una muy buena cocinera. Yo no cocinaba a diario, cuando invitaba sí, ahí hacía lo que se me antojaba, no usaba recetas, hacía las comidas nuestras, que hechas en casa con buenos ingredientes son una delicia.

—¿Tiene libros de recetas de cocina?

—Tenía el recetario de mi mamá que debe estar por algún lado. Yo copiaba recetas de mis hermanas mayores, de mi hermana Clotilde que era gran cocinera, como era diplomática aprendía platos de los países donde

estaba. Cuando venía a Quito, preparaba platos y nosotras aprendíamos; el encurtido de las tortillas de maíz que me enseñó Clotilde, lo aprendió de tu tía Aída, ellas se conocieron en la vida diplomática. Francamente éramos buenas cocineras y mis hijas ahora son buenas cocineras. Helena tiene un negocio de comidas, cuando era soltera se sentaba, comía fascinada, pero para ayudar no sabía ni donde estaba una cuchara de palo, y ahora es un genio, porque sabe cocina tailandesa, cocina francesa...

—Recuerda cuál fue su primera impresión cuando instalaron el supermercado La Favorita —le pregunto pensando que estaba a unas 10 cuerdas de su casa de la Colón y que seguramente lo frecuentaba.

—Ya no estaba recién casada. Mi mayor gusto era tener los pollos pelados para llevarlos donde mi hermana Teresa cuando nos invitaba a almorzar con los niños los domingos. Yo tenía en la casa un gallinero para tener los pollos, por eso es que mi hija Helena no comía pollos cuando era chiquita, porque sabía que era el pollo que vio vivo en el gallinero. Tenía huevitos, tenía huerto con rábanos, choclos y fréjol; los guaguas arrancaban los rábanos terrosos, los lavaban y se comían. Yo cuidaba la huerta que era chiquita, me gustaba por la curiosidad, por el gusto de ver brotar la plantita, tenía sementera de choclos, árbol de capulí... Iba mucho a La Favorita, había juguetes. Las últimas muñecas que les compré a mis hijas compré ahí, porque eran lindas. Jaime iba con su carrito cuando quería cosas más finas, yo con el mío para las carnes, los pollitos, las golosinas.

—Jaime me compraba los aparatos de cocina, la licuadora, la batidora. Me acuerdo de la licuadora por esto que le voy a contar. Jaime compraba un reconstituyente que se llamaba el V8. Un día leo lo que contiene: naranja, remolacha, zanahoria amarilla..., "todo tengo", mejor lo hago yo, de gana lo trae Jaime". Licué esos ingredientes crudos y les dí a tomar a mis hijos. Hasta ahora mis hijas se acuerdan de la bebida, dicen que era un brebaje, no pudieron tomarlo. La aspiradora compré porque la muchacha había recibido al señor de la empresa y cuando llego me dice: "Señora Rosarito compre porque es una maravilla". Esa aspiradora me duró años, tantos que la regalé. Mamá quiso a Jaime porque veía cómo me trataba, si algo faltaba en la casa él traía, que la licuadora, que la batidora, me tenía al día. No era un hombre que ganara mucho, aunque tenía un cargo importante y era abogado.

—Mi casa fue el centro de las reuniones familiares para mi madre y para los Barrera porque las dos hermanas de Jaime eran solteras. Era una

familia corta. Para Jaime fue un cambio completo, tuvo suerte en encontrarme —ríe pícaramente— porque mi familia era muy numerosa y ellos eran poquísimos. Éramos un familión y toditos le querían mucho. De los tres hijos fue el único que se casó y el único que tuvo descendencia. Cuando nosotros íbamos, solo estábamos mis guaguas, Jaime, yo, el papá, la mamá y sus dos hermanas. Me sentía muy bien dándole gusto a Jaime. No era tanto mi inteligencia lo que le gustaba a Jaime sino esa alegría que trae una casa llena de familia, he sido alegre y comunicativa siempre. Íbamos juntos al cine aprovechando que Jaime era miembro de la censura y por eso no nos costaba. Por eso escribió bastante sobre cine. Íbamos al Variedades, que ahora me dicen que está precioso. Qué pena que Jaime vivió poco porque no alcanzó a escribir lo que planeaba. Escribió el libro *Cartas a los Hijos* recopilando las crónicas del periódico.

Le cuento que estuve en la inauguración del Variedades en diciembre de 2006 y que efectivamente ha quedado muy bien.

—Mi vida de casada no fue dura, sino linda, linda, linda.

La viudez

—Jaime falleció a los 67 años. ¡Qué son los 67 años este rato, al menos para mí! Él siempre me decía: "Yo me he de morir primero y vos con qué renta vas a vivir". Eso de pensar que me iba a dejar viuda era muy penoso para él. Mis tres hijos ya estaban casados cuando murió Jaime, yo estaba solita en mi casota; era enorme, tenía planta baja y planta alta, abajo había una sala grande. Mi mamá ya estaba viejita y toda la familia pensábamos: "dónde sacamos a mamá", porque el barrio de la casa de la García Moreno era pésimo y la casa también era enorme, teníamos que turnarnos para cuidarla aunque tenía una empleada más o menos buena. Mamá tenía entonces 95 años. Yo ofrecí mi casa. En mi casa fue muy bien atendida, la casa ideal para ella porque le podían visitar todos los nietos. Dos años vivió conmigo. Cuando le visitaban era muy lindo, ella ya no tenía su mente muy clara, aunque sí se daba cuenta cuando un bisnieto subía a jugar con carritos en su cuarto. Para mí fue una dicha, habiendo quedado tan sola, tener a mi madre ahí y la casa llena de guaguas. Mi mamá tenía una renta del estado como hija de presidente encargado del poder, no era mucho, y yo tenía una pensión de Jaime, la del Seguro Social. Mi mamá adoraba a "don

Buca" porque decía que él le subió la pensión. Con la subida de la pensión pude contratar una enfermera permanente para que la cuide muy bien. Mamá murió en mi casa.

—En la Yánez Pinzón y Colón cuando mis hijos fueron jóvenes hacían las fiestas y bailaban hasta en la cocina. Cuando nos casamos y fuimos a vivir con Jaime era una casita de campo muy bonita, muy confortable, en forma de L con garaje y un lindo jardín. Jaime hizo un préstamo al Seguro y construyó al lado una casa grande. No tuve que pagar nada al Seguro cuando Jaime murió. María Clara después vivió en la casa chiquita y yo en la grande, pero para mí era demasiado grande, arrendaba lo de abajo y vivía arriba. El barrio se volvió imposible, peligroso, porque pusieron la discoteca *Papillon* un poco más allá de la casa que hacía una bulla horrible. Protestábamos, la cerraban un tiempo y la volvían a abrir, bailaban, chillaban y se emborrachaban ahicito, los ladrones se entraban, era invivible, así que decidimos vender las dos casas. María Clara buscó y encontró estos dos departamentos, ella vive abajo.

—Yo les dije a mis hijos: "Quiero una cosa chiquita, solo para mí, pero donde entre la biblioteca de Jaime". En parte hice bien porque es un recuerdo muy lindo. En este apartamento tengo un cuarto que es pura biblioteca, el comedor es pura biblioteca, esto es pura biblioteca. No quisiera vender ni regalar la biblioteca, pues pienso que puede ser para mis hijos, pero la casa de Helena está llena de libros, la de María Clara está llena de libros, cuando a Pablo le quiero regalar un libro me dice: "No tengo donde poner, mamá". O sea que esta biblioteca de Jaime tendrá que ir a una universidad.

El mar y los aviones

—¿Cuándo fue la primera vez que vio el mar? —le pregunto porque hasta este momento ya llevábamos varias sesiones de largas conversaciones y el tema de los viajes no ha aparecido.

—No me hable del mar ni de los aviones. La primera vez que vi el mar fue en la luna de miel. —Ríe muerta del gusto—. Esa fue la primera vez que me subí en un avión. Ya había aviones pero no me había subido, hasta ahora tengo miedo al avión, pavor. La luna de miel pasé en Manta. Jaime trataba de entretenerme porque sabía que tenía pavor a los aviones. Fue el

viaje más terrible de mi vida y eso que fue corto. Mi primera impresión cuando vi el mar fue que no era tan azul como creía. Desde el avión me pareció horrible porque no era azul sino plomo, me pareció un desastre el mar. Después la playa también era terrible, yo tan rubia y blanca en una playa donde había mucha gente morena y bien bonita, quería ir a una playa donde no me vieran tan rubia y tan blanca. Me quemé tanto que la señora de la pensión donde llegamos tuvo que curarme con leche de magnesia. El mar era muy bravo. Volvimos a Manta con los chicos tres veces, cuando Jaime tenía sus vacaciones. En ese tiempo mi hermano Alfredo trabajaba en Manta.

Recién en ese momento hago la asociación y le comento, —entonces usted es tía de Lourdes Mena, —y le cuento que nos conocimos en Manta. Mis papás vivían allá y yo iba a pasar las vacaciones largas pues estudiaba en Quito. Le cuento que farreábamos y paseábamos mucho en las vacaciones de los colegios de la sierra.

—Yo manejaba el jeep *Land Rover* de mi papá en el que íbamos de un lado a otro,—y enseguida le pregunto si manejó auto, otro tema que se me había escapado.

—No, nunca. Mi marido no me propuso porque sabía que tenía terror, terror, terror. No nací para esas cosas.

Tejidos, bordados y costura

—Yo nací para ser buena empleada, buena ama de casa, buena esposa y amé mucho a Jaime.

—Usted además de ser una mujer hospitalaria, alegre y una muy buena cocinera, es una excelente narradora, —le digo.

Me mira sonriente y continua.

—En la casa hacía cosas tejidas o bordadas para regalar a las amigas que iban a tener su guagua y también para vender. Hice delantales para vender, el delantal para el ama de casa y uno chiquito, junto en el mismo cartón, igualito, para la niña. Tenía mi máquina *Singer* y me ganaba plata. Un día viene un señor de Guayaquil, que los vio en uno de los almacenes donde los entregaba y me dice: "Señora, quisiera que me haga en grande para llevarme a mis almacenes". Pensé un poco, conversé con mi hermana Teresa, le propuse que entrara en el negocio, pero al final no acepté porque hubiera

necesitado más máquinas y el negocio se hubiera convertido en una fábrica. Lo lindo es que vendía en almacenes alhajas como pan caliente.

Suena el teléfono. Es su hija que la llama para decirle que en una hora más llegarán de la Costa. Ahí me cuenta que en ese momento tiene puesta una vela en su cuarto a San Hermanito Miguel, el santo de su familia, para que proteja a su hija que está viajando.

—Yo no le conocí, pero sé que está en los cielos o donde quiera que esté. Yo inventé esto de ponerle una vela para que cuando haya alguna necesidad en la familia nos solucione.

En tiempo real

Es lunes y está anocheciendo, comienzo a prepararme para terminar nuestra conversación, tomo mi maleta de mano para guardar la libreta de apuntes mientras le digo que me voy a ir, estoy a punto de apagar la grabadora cuando me dice:

—Ayer domingo estuve en El Quinche en la casa de mi hija. Mi yerno me dice: "Póngase al lado de los guaguas y de este árbol que ha florecido para tomarles una foto". Mientras él me mostraba la foto, mi nieta que está en Roma nos estaba viendo a través del celular de mi yerno, y contestó enseguida diciéndome que estoy linda. ¡Qué brutalidad! No me acostumbro. Es un siglo tremendo éste.

Muchas otras anécdotas sobre la vida de la ciudad quedan guardadas en la memoria de mi computador esperando que alguien haga la biografía de doña Rosario Mena de Barrera, mujer de mente traviesa que conserva intacto ese sentido lúdico, legado con seguridad de esa infancia transcurrida entre patios, gallinero, corredores, pesebrera, jardines, huertas y balcones de la casa de la García Moreno y Loja que con tanto placer recuerda.





▲ Retrato de Juan José Mena Ayala, padre de Rosario.

◀ Retrato de Clotilde Andrade Marín, madre de Rosario, circa 1899.





▲ Reunión de primos y primas en la casa de la calle García Moreno. Primera fila: Ramiro Cabeza de Vaca, Alicia Mena, Victoria Cabeza de Vaca, Anita Almeida Terán, Gonzalo Mena. Sentadas: Rosario, Matilde Cabeza de Vaca, Isabel Almeida y Laura Mena, 1926.

◀ Clotilde Vaca de Andrade Marín, abuela materna de Rosario, con sus hijas Margarita, y Clotilde, y con su hijo Luciano, circa 1887.



▲ Paseo del Colegio 24 de Mayo. Rosario con el doctor Pablo Huras y sus compañeras, 1936.



▲ Rosario y su amiga Magda Hadathy en la hacienda de Isabel Robalino Bolle, circa 1937.





▲ Paseo a Ambato. Aparecen varias hermanas y hermanos de Rosario. Ella consta a la izquierda en la primera fila, 1939.

◀ Rosario y su amiga Magda Hadathy, 1938.



▲ Fiesta de la Caja del Seguro. Eduardo Riofrío baila con Lolita Andrade. Al fondo, Alonso Cevallos y Rosario, circa 1939.



▲ Matrimonio de Rosario y Jaime Barrera, 1948. Aparecen sus hermanos Alfredo Mena e Ignacia Mena.



▲ Isaac Barrera con su primera nieta, María Clara, y su hijo Jaime Barrera, esposo de Rosario.

► Rosario con sus hijas María Clara y Helena y con su hijo Pablo, 1952.





▲ Rosario con sus hijas y su hijo en la casa de Julio Arauz haciendo guaguas de pan en Finados, 1956.

► María Clara y Helena, hijas de Rosario, en la casa de la Colón, 1960.







▲ Cuatro generaciones de mujeres: Clotilde Andrade Marín, Rosario, María Clara Barrera y, en sus brazos, Cristina Wohlermann, nieta de Rosario, 1973.

◀ Rosario y su esposo, Jaime Barrera, en Sevilla, España, 1970.



▲ Cuatro generaciones de mujeres: Rosario, Cristina Wohlermann, en sus brazos Carolina Durán, bisnieta de Rosario, y María Clara Barrera, 2000.



▲ Rosario y su bisnieta Carolina Durán, 2007.





▲ Festejando los 90 años de Rosario. Desde la izquierda en primera fila: Andrés Burbano de Lara, Pablo Barrera, Bernardo Wohlermann, Anamaría Barrera, Cristina Wohlermann, Esteban Burbano de Lara y Cristian Wohlermann. Segunda fila: Mónica Montalvo, María Clara Barrera, Carmen Granja, Helena Barrera, Carmen Elena Burbano de Lara, Rosario y Juan Pablo Barrera. Tercera fila: Hernán Burbano de Lara, Nicolás Durán y Carolina Durán, 2007.

◀ Retrato de Rosario, mayo de 2009.

Turon de Alicante

Entre lo siguiente: almendras pelada 2 libras, azúcar blanco 2 libras, miel virgen un cuartillo. Mientras están tostándose, las almendras, se pone ~~en~~ una pailla al fuego, y en ella la miel el azúcar pulverizado, que se clarificara con huevo, dejándolo cocer hasta que tome el punto de gran cascado.

Entonces se separa del fuego el almibar, se incorpora en él perfectamente el almendra, se vacia sobre obleas o en cajas.

Turon de almendras y avellanas. (ala francesa.)

Almendras mondadas media libra, azúcar 4 libras, avellanas media libra, huevos 3 claras. Pongase las almendras y las avellanas en el almibar de punto de pluma ^{miel} en vaselas perfectamente, añadiendo tres o cuatro rasas de cáscara de limón y las 1. claras de huevo bien batidas, y dejese cocer un poco para que se esponje. Conseguido esto, se vacia en cajetas de papel fuerte, o de madera forradas de papel.

Jalea de manzana.

Se parten en 4 pedacos á fin de quitarles las pepitas y los abridos en que están, metiéndolas en agua fria para que no se pongan negras. Luego se mordan y se cortan á pedacos

mantenerla antes de freir) se onada con toda especiería, se pica en un
vaso de vino, otro de uvaigre, extra rallada, se amasa y á los dos dias
se ponen en los intestinos y se onada al horno.

Modo de hacer el pernil.

Se pone una puerca entera de cerdo en infusión con mucha
sal por tres ó quatro dias; despues se le adita con clavos de especie,
cominos y uvaigre, pincandole con un palito se riega sal por to-
da su circunferencia, se pone en prensa por 12 horas y se pone al
horno cubierto con un lienzo.

Pernil a la alemana

Se preparase en una cazuela, longos de pernil y rebanadas de
pan blanco pasadas en manteca, yerbas finas y cracelllos, etc.
esto se espulvorea con migas de bescocho y se le echa al horno
por dos ó tres horas y se sirve caliente.

Lenguas rellenas

De toda lengua se quita la tela nervosa que hay hacia la

▲ Modo de hacer el pernil, pernil a la alemana y lenguas rellenas. Recetario de Rosario.

◀ Turrón de alicante, turrón de almendras y avellanas (a la francesa),
y jalea de manzana. Recetario de Rosario.

se la
un mortero se me
cocida se pone sal o azucar
hervir corto tiempo y se derama sobre las
frito que se tiene de ante mano en un
Menestra de la niña. Se majan en
chugas de aves caseras asadas, con can
de arroz de castilla cocido y bien en
con ellos uno lino añadiendo caldo
tamiz y lo que no pasa por el se
mas restos, que se remoran con todos
dos en el mortero, se colvea esta se
un fuego templado y se deja
ra luego la casuela del fuego se
y se moja con el por u otras pa
na según se quiere no añadiendo
pechugas sino al momento de ser
Menestra de las damas.
rato en un onastillos de caldo de
de pan; se machacan luego
asadas de ave 6 almendras

▲ Menestra de la niña y menestra de las damas. Recetario de Rosario.

► Rosario en su departamento, mayo de 2009.





▲ Rosario y María Cuvi viendo sus fotos, mayo de 2009.

► Retrato de Rosario, mayo de 2009.



